



Nº. 6, agosto de 1991. Ficción

- Muñiz-Huberman, Angelina. La torre de Gallípoli, pp. 20-23
- Nudel, Juan Jorge. El Zurdo, p. 24



**D**ESDE el pequeño espacio abierto de la ventana, entre rejas, veía abajo, muy abajo, el rizoso azuliverde del mar. Y se sentía nostálgico. Nostálgico. Por no poder hundir su cuerpo en las aguas de calma. Por no poder refrescar su cara y sentir la sal en los labios. Y la leve brisa en la piel. Como cuando paseaba en las arenas de Gaza. Como cuando conoció a Natán. Natán. El profeta. El hermoso. El perfecto. Y caminaban, juntos, y hablaban sobre las visiones de esta tierra y de ese cielo. Nostálgico. Que sólo curaba su tristeza de ahora al escapársele la voz en cánticos antiguos.

Y la voz volaba. La voz se filtraba entre los resquicios del portón de goznes y cerrojos bien aceitados. La voz, entre las rejas pulidas de la alta ventana, huía hacia espacios luminosos. Hacia esa

**Angelina Muñiz-Huberman**

## La torre de Gallípoli

inasequible línea de sonidos hilvanados. Prendidos. Uno en otro copulados. Quienes pasaban al pie de la torre decían: "Otra vez Shabatai está triste y canta". "Una vez más, Shabatai, preso y presa de la melancolía".

¿Qué hacer en la espaciosa celda, entre cojines bordados y alfombras de espesos y entretreídos colores? Con el laúd al lado. Bien temperado. Invitando al deleite y al sonido.

¿Qué hacer, en el silencio, en la soledad, sino recordar la voz de Dios? Y entonar los cánti-

cos. Los que llevaron consigo al exilio sus antepasados.

Y que su voz llegue hasta los oídos del sultán y que el sultán se apiade y quiera perdonarle. Porque Dios, Dios sí debe haberle perdonado.

¿Le habrá perdonado Dios? Con tanto desvarío y tanta incongruencia. y sus pecados y sus antinomias. Sus recuerdos y sus olvidos. Sus furores y sus mansedumbres. Lo recto y lo torcido: ¿Dónde quedó el rayo de luz que divide?

Primero fueron las visiones: la claridad, de tan clara,

que ciega. Y la oscuridad, de tan oscura, que ciega. La palabra que le es dictada y a la que obedece: palabra-serpiente huidiza: palabra-dragón de fuego. Lo que debe hacer y lo que no debe hacer. Hablarle al pueblo: crear el consuelo para el dolor. La historia, el cuento, la leyenda para que la realidad quede bien construida y no tenga nada que ver con los hechos. Que todo pueda ser interpretado según convenga. Ver, entonces, las lágrimas de los creyentes, de los fieles, de los arrastrados por los caminos, no por orden de Dios, sino de reyes que no distinguen la mirada de otros ojos.

Luego, después de las visiones y de las historias y de las lágrimas y de los caminos, la misericordia y el amor para cada sufriente. "No. Tú no estás solo. Dios te ha dado su sombra para que te resguardes en ella. La sombra de Dios

**Narradora y poeta mexicana. Publicó las novelas *Morada interior* (1972), *Tierra adentro* (1977); los volúmenes de cuentos *La guerra del unicornio* (1983), *Huerto cerrado, huerto sellado* (Premio Xavier Villaurrutia 1985); el poemario *Vidano al viento*; y la antología de textos sefaradies *La lengua florida* (1990). Enseña literatura en la UNAM.**

**Angelina Muñiz-Huberman**

es el exilio de Dios que comprende tu exilio de hombre en la tierra. No te escondas. No niegues tu nombre, aunque no lo tengas ni lo sepas: guárdalo, que el día llegará. Hagas lo que hagas, serás tú”.

Y Shabatai amó y fue misericordioso. En estados de luminosidad el cielo se abría para él y los rayos descendían en paralelos y en oblicuos. He ahí la imagen que refleja la creación. Entre las nubes y los atardeceres rojos. Frente al muro, en Jerusalén. En la tierra fértil del Nilo. En las playas de Gaza.

Sólo el canto lava su tristeza. Ahora, en la prisión de Gallípoli. En la alta torre.

Pero otras veces, Shabatai dejó de ser Shabatai. Pronunció las palabras al revés y como el gólem se destruyó en muerte. Se encerró en lo más apartado y no puedo ver ni a Dios ni a hombre. Era un desmadejamiento. Un cuerpo que ya no la sabe y relega su palpitante. Un cerebro que desquicia el orden y el pensar y, en cambio, empieza en el caos y en el desde-

cir. Un sacudimiento de cada fragmento de músculo dislocado, de nervio enaltecido. Qué de alteraciones. Qué de bocados al aire. Qué de absolutas impiedades. Shabatai no es Shabatai.

Por las calles corre Shabatai y va gritando: “Yo no soy yo. Dios no es Dios. El no es El”. “No soy el Mesías”. “Sí soy el Mesías”. “Que nadie cumpla los mandamientos”. “Los mandamientos son el error”. “Ha llegado el fin de los tiempos”. “Babilonia se levanta monstruosa”. “Los cuatro caballos relinchan el mal. Los cuatro caballos cocean el bien”. Y cae exhausto al suelo y el buen Natán lo recoge en sus brazos y seca con un paño blanco su cuerpo sudoroso y le susurra susurros de amor. Shabatai es llevado a su habitación. Con cuidado, colocado en el lecho. Tapado con sábanas de Holanda. Bajo la cabeza –esa cabeza que gira y que inquieta– el almohadón de plumas de ganso y la suave tela deshilada. Shabatai descansará.

Dormiré el sueño de los justos y de los desquiciados. Nada sabrá. Nada recordará. El despertar será el tránsito a otro mundo donde no hay palabras, donde no hay esfuerzo: el vacío sí: el olvido también. El cuerpo tan desmayado y la mente paralizada. Ni un hablar de su boca: ni un agitar de dedos. Pero no está muerto. Shabatai no está muerto. Lo parece. Pero no lo está. Podrán pasar días. Semanas. Meses. En absoluta quietud. Sin nada que hacer. Qué decir. Como un débil ser mecánico. Un gólem de barro mal cocido. Un cuerpo apenas tallado en la madera. Una piedra sin forma. El agua de un vaso que se derrama. Un sonido que rebota de pared a pared. Eco sin eco. Arco iris sin pacto con Dios. Y Natán a su lado: acariciando su frente, cambiándole las vestimentas, llevándole los alimentos a la boca, dándole de beber, cogiendo su mano para besarla. Y Shabatai, tan lejos.

Hasta el día en que despierta. En que sus ojos vuelven a

encontrar la pupila que se refleja. En que recobra el habla. En que nace de nuevo: niño que abre los ojos y que solloza. “¿Quién soy yo?”, pregunta. “Tú eres Tú”, responde Natán: “Tú, Dios”. “Yo, Dios”. Se alborozan Natán: “Sí. Tú, el Mesías. Ha nacido el Mesías”. Y abre los postigos: que entre el sol por la ventana: ha vuelto a nacer el Mesías.

Shabatai se levanta. Se asoma a la ventana y el sol no le deslumbra: hijo al fin del sol. Y, en lugar de hablar, canta. “Yo soy yo”.

Shabatai, encerrado en la alta torre de Gallípoli, desgrana su memoria. Salieron infinidad de barcasas a recibirlo el día que arribó a Esmirna. Cubrieron todo el puerto. Y en los muelles se apretaba la muchedumbre. “Ha llegado el Salvador”. Le traían ofrendas: incienso y mirra y oro. Y flores del campo. Y manjares. Y vino bendito. Pero nada fue para él. Lo esperaban los soldados del sultán. Se les había advertido que el recién llega-

do preparaba una revuelta. Y Shabatai fue prendido, codo con codo.

En la alta torre era un prisionero como los prisioneros legendarios. Pero el sultán se apiadó y permitió que el pueblo le llevara regalos y dejó que lo visitaron y que los músicos fueran a tocar para él. Se dice que, en secreto, también lo visitó y que hablaron de asuntos del cielo y de la tierra. Y que entre los dos hubo amor.

Cuando Shabattai despertaba de esos sus momentos de dormición su deseo era de actos de paradoja. Así lo llamaron Natán y sus discípulos y sus seguidores. Porque Shabatai cometía cualquier exceso y cualquier desmedida. Rompía las reglas y se lanzaba en sacrificios por él inventados. Trastrocaba los rezos. No cumplía con los deberes del sábado. Era impuro. Desgarraba cortinajes y arrancaba los manteles de las mesas puestas. Todas las velas las apagaba y habría, en cambio, incendiado bosques

si Natán no lo hubiera detenido suave pero firmemente por el brazo. Comía alimentos prohibidos y derramaba el vino por el suelo.

Y sus fieles se enardecían y más lo amaban mientras más excesos cometía. Natán, su profeta, lo explicaba así: "Debe expiar en propia carne los pecados que los demás no se atreven a cometer. Debe bajar a las más profundas esferas de la desesperación y hundirse en ciénagas y romper su alma. Para luego elevarse. Elevarse hacia el Eterno. Hacia El que lo espera. Hacia el Trono. Hacia la Carroza divina".

Shabatai se arrepentía. Lloraba sobre el hombro de su amigo Natán. De su amado. Y se acariciaban. Y Shabatai recobraba la calma.

Shabatai, el de la hermosa voz, había cantando en la sinagoga de Esmirna un antiguo romance español. Y lo volvió a lo divino y el amor profano fue amor de las alturas. Los viajeros, los mercaderes, los clérigos de todo

culto iban a oírlo y escribieron en sus cuadernos la fascinación de su cantar. Y así, el romance de la Bella Melisenda fue el romance del amor consumado en Dios. El lecho de los amantes fue el lecho divino y los signos del cuerpo fueron los signos de las emanaciones de la luz.

*A la bajada de un río  
Y a la subida de un valle.*

Shabatai volvía a cantar desde la torre de Gallípoli y quienes llegaban a pasar perdían la voluntad y descuidaban su quehacer. Shabatai cambiaba las palabras y la canción siempre tenía un nuevo empezar. De tal modo que nadie la repetía igual: había variantes como había cantantes.

Pero las profanaciones ocupaban su pensar. Cometer todo acto prohibido: deshonorar, maldecir, invertir, manchar, ultrajar, blasfemar. Y comer, los había cometido. Hasta los íntimos: con los padres y con la mujer y con los hijos. Nada quedó inviolado.

Lo único que le faltaba era la violación de Dios. Y ésta también la comería.

*Aquí: en la torre de Gallípoli.  
Con ese aire marino que se  
colaba entre los barrotes.  
Y ese trozo de cielo  
magnánimo.  
Entre azules y blancos.*

La mayor de las violaciones: desdeñarse a Dios: cambiar la religión. Anunciar al mundo su apostasía. Mandar mensaje al sultán: que venga a verlo: que aceptará su palabra divina.

Y los festejos serán incontables. Inenarrables. El sultán hará pública la ceremonia de conversión. Quedará probada la verdadera religión. Shabatai será el protegido del sultán. Su voz entonará cantos desde el minarete. Abandonará la torre de Gallípoli.

¿Y Natán? ¿Qué dirá Natán? ¿Cómo tendrá que esforzarse su teoría para seguir siéndole fiel a su mesías? ¿O ya no podrá?

Natán será expulsado y anatematizado. Vagará de pueblo en pueblo, de ciudad

en ciudad, de puerto en puerto. No le darán pan ni agua. Pero siempre encontrará algún fiel creyente que le ayude, que le esconda o que le avise a tiempo para escapar de sus perseguidores. Y seguirá escribiendo y predicando y la secta no se extinguirá. A pesar de que Natán de Gaza sea entonces llamado Satán de Gaza.

Todo esto se le aparece en visión a Shabatai, encerrado en la torre de Gallípoli. Y prevee el fin y su muerte. Y cómo Natán luchará por verlo y por poner por última vez su mano cálida sobre su frente atormentada. Shabatai siempre dudará y la lejanía de su médico del alma precipitará su melancolía.

Shabatai no soporta la prisión. Golpea su cabeza contra las paredes y sacude el hierro de los barrotes. Natán no puede desembarcar en Esmirna.

Shabatai recuerda el camino a la sinagoga de Esmirna de la mano de su padre. Sus pasos menores que multipli-

caban los de su padre. El terror de perderse entre los cuerpos tan grandes, entre las voces y los rezos. No reconocer y no saber qué decir. Ojos desmesurados. Asfixia y desmayo.

El terror que paraliza. El terror a todo. Si Natán estuviera a su lado. A quien podía confiar cada palabra: el fin del mundo: las mayores desgracias. Contemplar sus facciones perfectas. El movimiento armónico de su cuerpo.

De nuevo ocurre el vacío. Los giros en poderosa danza interna. Las letras se atropellan. Han perdido su luminosidad. Ya no se agrupan para hallar el nombre de Dios. Es el caos antes de la gran contracción divina. Aún no existe el origen. Ni la materia. Ni los cuatro elementos. Es la pura y única idea de Dios. Lo indefinible. Lo indecible.

Shabatai es el vacío de Dios. Su incorporeidad es el blanco de su mente.

Si su mente se le aleja y se le escapa, Dios también se le aleja y se le escapa.

El suyo es un abandono del alma. El cuerpo se sacude en espasmos y en olvidos. Dios se precipita.

Ni siquiera el mínimo espacio entre letra y letra, entre sonido y sonido, puede rellenarse con la grandeza de Dios.

¿Cuál es, entonces, la grandeza de Dios que ha parado la máquina precisa de su mente?

Desde la torre de Gallípoli. Shabatai Tzvi hunde su mirar en el mar inmenso y se conformaría con ser una de sus gotas. 

## ***Víctor Isidoro Pomerantz***

*Traficante de presagios,  
vivo mi exilio.*

*Hondas escarchas en que giran  
rostros amados y serenos,  
mientras "la virgen bella que carece de ojos",  
me niega los dones de la vida.*

*Nieblas entrevistas en un cielo violado  
recortan monedas de fuego.*

*No madura la justicia,  
siempre más casta que la muerte,  
y hasta el silencio merca en las laderas.*

*¿Hay guarida, o todo es la gran cavilación,  
el instante en que una criatura  
inaccesible despereza su pensar?*

Argentina, 1933; reside en Jerusalén desde 1981. Publicó los poemarios *Noria del alma* (1957) y *El río de la querrela sin orillas* (1968). Su libro inédito *La secreta algarabía del halcón* le valió el Primer Premio de Poesía en el Concurso Arturo Capdevila (Tel Aviv, 1987). Este texto pertenece a otro libro inédito, *Apaciento los ángeles del misterio*.

**E**L ZURDO creyó que podía con todo. Pero no pudo con la Juana. La Juana sabía que si soltaba la sogá, el zurdo no se escaparía. Tenía que cuidarse de que no la arrastrase.

El zurdo conocía mucho a la Juana. La había hecho a su manera. Era el orgullo del zurdo. La Juana no sabía nada de nada. Tuvo que enseñarle todo desde el principio.

Se conocieron cuando él tenía 24 y ella 17.

La Juana cruzaba la calle hacia donde él estaba.

Le dijo unas palabras mientras caminaban. El zurdo se la había ganado, por lo menos así pensaba. De desconocida pasó a ser una calle más, que él ya había recorrido muchas veces.

Le contó todo lo que sabía de la calle y que ella no sabía. La Juana escuchaba, sorprendida, todo lo que el zurdo le contaba.

Nació en Buenos Aires en 1941. Es psiquiatra, ensayista y narrador. En 1989 publicó *El espacio comunitario*.

Juan Jorge Nudel

Juan Jorge Nudel

## El Zurdo

La sorpresa de la Juana excitaba al zurdo, que hablaba y seguía hablando. Como se le hizo tarde, la Juana le dijo al zurdo que quería volver a la casa. Así le conoció la voz a la Juana.

El zurdo quiso apurarla, pero la Juana ya había doblado la esquina. El quedó parado.

Inseguro y nervioso. La Juana siguió caminando. El zurdo la alcanzó y siguió hablando, mientras la Juana caminaba cada vez más rápido. EL zurdo le seguía el paso y se agitaba mientras hablaba.

La Juana sabía hasta donde soltar la sogá. Diez años estaba segura de que el zurdo

no se escaparía. Sólo tenía que cuidarse de que no la arrastrase.

El zurdo creyó que podía con todo. Pero no pudo con la Juana. Ella había doblado la esquina. El se quedó parado. Inseguro y nervioso. La Juana seguía caminando. El zurdo la alcanzó. Ella caminaba cada vez más rápido. El le siguió hablando y la sigue, mientras ella camina cada vez más rápido. El la sigue y ella dobla la esquina. El la alcanza y ella camina cada vez más rápido.



José Pivín

## Tendido sobre la tierra

*Tendido sobre la tierra  
la grieta es una esperanza  
sobre la tarde.*

*es una esperanza  
sin grietas.*

*Tendido sobre la arena  
la memoria*

*Tendido sobre la tarde  
la esperanza  
es una grieta  
en la memoria.*

*Y así transcurren los días  
y los soles  
desamparados  
con grietas  
sin esperanzas.*

Nació en Santa Fe, Argentina, en 1942, y reside en Israel desde 1974. Publicó *Infartodiarío* (poemas) en 1983, así como poemas en diversas revistas literarias de Argentina, América Central e Israel. Es secretario de la Asociación Israelí de Escritores en Lengua Castellana.